

«ejército y de mi armada, dispuestos á probar, como en otras ocasiones, que no temen arrostrar un combate impuesto por la necesidad.»

—En verdad es duro ese lenguaje. No trataré yo de ser abogado del diablo. La monarquía militar de Prusia me es tan odiosa como el Imperio cesarista de Francia. Pero despues de dos años y medio de provocaciones, de amenazas, no comprendo que se pueda ni que se deba decir ménos. Francia tiene una fuerza centrípeta en Europa que aumenta su poder, pero tambien su responsabilidad. Si os hubiérais organizado libremente, el mundo civilizado seria una federacion republicana. Os habeis organizado militarmente, y el mundo civilizado, al ménos el mundo europeo, es un campamento. Nada más natural, pues, que una batalla. Pero cuenta que no teneis un principio en que apoyaros para emprenderla.

—Tenemos un Chassepot.

—No importa. Cuenta que tampoco teneis un aliado. Inglaterra está disgustada de vuestra política. Bien lo ha demostrado en París la actitud de la reina al volver de Suiza. Inglaterra sabe que á la primer victoria os anexionareis Bélgica, y no puede consentir nunca la nacion inglesa que esté en manos de Francia la desembocadura del Escalda. Con Italia no conteis. Le creásteis para que fuese vuestra aliada, y habeis tenido el talento de arrojarla en brazos de vuestros enemigos con la batalla de Mentana. Al emperador de Rusia vos mismo le habeis llamado el generalísimo de la retaguardia prusiana. Si algo me demuestra vuestra penuria de aliados, penuria inconcebible, es el saludo hecho últimamente por vuestro emperador á la reina de España. De mucho os serviría la alianza española. No hay soldados ni más valientes, ni más sufridos que los nuestros; lo digo con orgullo. Pero la nacion española veria como una injuria á sus héroes esas alianzas con la familia enemiga de su nacionalidad en Bailén y en Zaragoza. Los recuerdos de la guerra de la Inde-

pendencia están muy vivos. Los hemos recogido todos como un alimento del alma; los hemos recogido de los labios de nuestras madres, tiernas, sensibles, divinas por su virtud en el hogar, pero que fueron las primeras en decir á la asombrosa generacion de nuestros héroes: «antes vuestra muerte que la deshonra de la patria.» Nunca, nunca renegaremos de tan gloriosa tradicion, porque seria renegar de nuestra sangre; permitidle este desahogo á un pobre desterrado, que lleva en el alma desolada, como una religion sacratísima, el culto de la familia y de la patria ausentes. Pero esa alianza *in extremis* la tengo por imposible. Además, el trono español se halla minado por una revolucion eterna. Isabel II no puede sacar de España un regimiento sin exponerse á una catástrofe.

—Comprendo los inconvenientes de la alianza como vosotros, dijo mi contradictor, y condeno que en estos momentos supremos el Emperador dé tantas pruebas amistosas á una familia enemiga del Imperio y opresora de España, por recelos de esos fantasmas de Orleans, alejados del trono francés, como los Borbones, por la cólera del pueblo. Pero nos queda todavía una alianza poderosa, la alianza contraida en Salzburgo, nos queda la alianza con Austria.

—Que no os servirá de nada. Si yo quisiera definir con una sola frase la historia de la política exterior de Francia, desde tres siglos á esta parte, la definiria: guerra eterna con Austria. Los Valois la sostuvieron en Italia y en Flandes; los Borbones en Francia, como lo prueba la victoria de Ibry, y en España como lo prueba la guerra de sucesion. La gloria de Richelieu es haber preparado, y la gloria de Mazarino haber concluido la paz de Westphalia, que mellaba el cetro austriaco. La enemiga más implacable de la revolucion francesa fué Austria. La nacion, que llevó al cadalso á Luis XVI, Austria. La espada del primer Napoleon me parece el hacha de las ideas revolucionarias cuando derriba el árbol carco-

mido del Imperio Sacro. Ya sabeis mis juicios sobre el tercer Napoleon, y sin embargo, me entusiasmo siempre que veo pasar las banderas victoriosas en Solferino y en Magenta. Vais á romper toda esta tradicion de gloria para uniros con podrido cadáver. El Austria ha querido curarse la gangrena del despotismo cuando llegaba ya al corazón. El remedio ha sido muy tardío y ha acelerado la hora de su muerte. No hay fuerza humana capaz de sostener una federacion bajo el cetro de un emperador. Mirad la Confederación Helvética, formada de franceses, de italianos y de alemanes. Ninguna de estas razas quiere incorporarse á su nacion madre. Todas perseveran en ser suizas, porque Suiza es la libertad, porque Suiza es la democracia, porque Suiza es la República, porque Suiza es el oasis moral de Europa, porque Suiza es el santuario donde se ha refugiado la dignidad humana. Pero las razas aglomeradas en el Imperio austriaco tienden á separarse como presos que ven abierto su calabozo y que se dispersan en diferentes direcciones. El nervio de Austria está en Hungría, y Hungría no la ayudará en una guerra, porque sabe cuán cara habia de costarle su propia victoria. Los demás Estados son enemigos entre sí, y enemigos todos del Sacro Imperio. A estas graves cuestiones se une la cuestion religiosa. Los obispos no quieren obedecer las leyes constitucionales que promulgan la libertad de conciencia. Invocan las antiguas leyes para justificar su desobediencia. Pedimos que se les apliquen, exclama un publicista; entre ellas hay una que dispone coser en pieles de cerdo fresca á los obispos rebeldes y arrojarlos al Danubio, como los romanos arrojaban, dentro de un saco, en compañía de un mono y de una serpiente, los parricidas al Tíber. Ese Imperio no tiene fuerza. Alianza dañosa.

—Pero ¿qué hemos de hacer cuando nosotros somos los provocados? Thiers y todos los orleanistas dirigen las mayores acusaciones al Imperio, porque iniciando la política de las

aglomeraciones de razas y de territorios ha disminuido la grandeza material de Francia. En vano el Emperador Napoleon ha querido poner esta política bajo la augusta égida del fundador de la dinastía; se le han reido en las barbas. En vano ha mandado á Berlín el diplomático de la familia, su propio primo, para decir á Bismark que le sacára de los grandes apuros en que le ponía el haber auxiliado tan de buena fé á la grandeza de Prusia. No han querido oírle. De la anexion de los Principados rhinianos á Francia no se puede hablar sino despues de la primera victoria. A todo esto nos suscitan las naciones, que más nos deben, innumerables dificultades. Italia aprovecha esta coyuntura, á fin de obtener la evacuacion del territorio pontificio, evacuacion imposible. Los pequeños Estados de Oriente, siervos unos de Rusia, como Grecia, y siervos otros de Prusia, como Rumania, atizan aquella pavorosa cuestion, para aumentar nuestro embarazo. Grecia sostiene á Creta y subleva á Albania, Rumania enciende á los búlgaros, que ya están en armas y que tienen empeñada una campaña, la cual es tan peligrosa como una hoguera á la puerta de un polvorin. Si queremos tratar de una alianza económica con Bélgica y Holanda, Inglaterra nos opone su veto. Si queremos, aprovechándonos de una cesion en regla, fortalecer nuestra frontera del Nordeste con la anexion de las fortalezas del Luxemburgo, nos opone su veto Prusia. En cambio, el Ministro de Baden se burla del tratado de Praga, por nosotros puesto como límite á los engrandecimientos de la Alemania del Norte, y brinda porque desaparezca la línea del Mein. Hasta los Estados-Unidos vienen á traer su contingente de cólera. Vuestro compatriota el Almirante de los Estados-Unidos, Ferragus, se pasea por el Mediterráneo y turba la serenidad de las aguas del Bósforo con vivas á Rusia, la enemiga de Occidente. Y Rusia se acerca sigilosamente á su paraiso, á Constantinopla. No hay más que un medio,

no hay más que un recurso en estos instantes supremos, en esta suprema angustia; no hay más que la espada de Francia.

—Pero la espada de Francia, una fuerza material, no sirve de nada contra tantas fuerzas materiales. Imposible que reproduzca la epopeya guerrera del primer Imperio, al cabo rematada por una catástrofe, por Waterloo. La precisión y la fuerza de las máquinas de guerra han imposibilitado las inspiraciones del génio. Tantos contra uno pueden aniquilarlo. Pero aun os queda un recurso, la fuerza moral: arrojad la espada é invocad la libertad. Entonces volvereis á ser la nacion iniciadora del progreso, el pueblo redentor, el génio de la filosofía; y con el viento que vuestra bandera agite, se caerán las coronas de vuestros enemigos; y cada paso que dé Francia resonará como un golpe mortal en las bases de los tronos. Entonces vereis cómo los reyes no pueden declararos la guerra. Unos habrán caído á vuestros pies, derribados por vuestras ideas. Otros necesitarán sus fuerzas para emplearlas contra sus pueblos.

Y Francia volverá á ser el sol de las naciones.

—Pero todo eso á costa de proclamar la República, exclamó el militar, jamás; la República, que nos desarmaria, jamás, jamás. Venga la guerra contra todos y contra todo, que yo tengo fé en los destinos del Imperio.

—Sonad, sonad la trompa guerrera, le dije yo. El mundo político europeo, amenazado por la guerra, me parece como aquel gigantesco sueño de Byron, en que el sol se ha ido, las estrellas se han apagado, el dia ha muerto, el planeta rueda como un yerto cadáver en los espacios infinitos, cosido dentro de un saco de tinieblas; y los hombres queman sus bosques, sus pueblos, sus riquezas para iluminarse; hasta que todo consumido, todo devorado por el frio, dos eternos enemigos, palpando en la oscuridad, encuentran las cenizas medio apagadas de un altar, soplan su rescoldo, lo avivan, y al mortecino resplandor se ven, y espiran de rabia, leyendo cada cual mutuamente, en su pálida y demacrada cara esta siniestra palabra: ¡Maldito, maldito!

## CAPITULO LXXIX.

### LA REVOLUCION ESPAÑOLA.

¿Qué impidió en aquel momento la guerra? Un suceso extraordinario, aunque previsto; el estallido de la revolucion española y el destronamiento de la dinastía de Borbon.

Si alguna vez el despotismo logró apagar la vida de un pueblo, fué en los últimos tiempos del reinado de Doña Isabel II. Nadie pensaba que pudiera verificarse el milagro increíble de la resurreccion de España. Todos creían llegada la hora siniestra y solemne de su muerte. La noticia de que la espada de Narvaez se habia embotado para siempre en la losa de su recién abierta tumba no tuvo eco ninguno. Los que esperaban una revolucion triunfante así que dejase la férrea mano de guardar la frágil corona, quedaron muy desengañados.

¿Qué importaba, ni qué significaba un muerto más en aquella tierra de los muertos? Se morían los opresores sobre el cadáver de los oprimidos sin que se viera despuntar ninguna luz por nuestros horizontes cargados con las miasmas de cuatro siglos de corrupcion y tiranía. La patria infeliz, bien deseaba sacu-

dir tan triste estado que embargaba todas sus facultades; pero la magnitud de la empresa excedía á la intensidad del deseo. El régimen vigente se apoyaba en tradiciones creadas por una larga servidumbre, en el miedo á la libertad de las clases conservadoras, en la cándida ignorancia del pueblo oprimido brutalmente para que no viera la libertad y no la desease con la viveza propia de nuestra raza, y la conquistase con aquella energía, característica de los conquistadores del mundo. La monarquía forjaba una mordaza para todos los lábios, y ponía un límite infranqueable á todas las ideas, un freno á las más nobles aspiraciones. El clero la apoyaba en esta obra de la degradacion de una raza de héroes, en este aniquilamiento de la conciencia de un pueblo nobilísimo; y las clases conservadoras, que empezaban á temer por sus propios intereses, en vista de la tenacidad de la reaccion, temían más, mucho más, los azares de las revoluciones. Por consecuencia Gonzalez Brabo, dueño absoluto del poder, no ha-